

Viaje del tiempo

UN BEL MORIR

Darío Valencia Restrepo

www.valenciad.com

Un bel morir tutta la vita onora (Un bello morir honra toda la vida). Así termina un soneto que Petrarca incluye en uno de los fragmentos de su *Rerum vulgarium fragmenta*, obra con título en latín pero con poemas escritos en el dialecto toscano del siglo XIV. ¿La muerte como ratificadora de un destino?

Alguna vez le escuché al maestro Pedro Nel Gómez, trabajador incansable, otro profundo pensamiento sobre la muerte, originado en una cita atribuida a Leonardo da Vinci: “Así como es tan bueno dormir después de un día de trabajo, cómo lo será morir después de toda una vida de trabajo.”

La concepción y sentido de la muerte constituye un rasgo sobresaliente de toda cultura o religión. Podría citarse el Egipto de los faraones, con el mito de Osiris sobre la inmortalidad y el juicio que decidiría el destino del difunto, los antiguos pueblos de Mesopotamia que veían el fallecimiento como resultado del pecado, el hinduismo en el que los seres están predestinados a numerosos renacimientos, hasta llegar a las tres grandes religiones monoteístas con sus diferentes visiones al respecto.

Interesa señalar cómo ha variado la aproximación a la muerte, y al muriendo, en la cultura occidental. Es posible que en siglos anteriores, en especial durante una Edad Media signada por la omnipresencia de la religión cristiana, se viera ese trance final con más aceptación y resignación que en los tiempos presentes. Los avances de la medicina y la tecnología han emprendido una lucha contra la muerte y como consecuencia una prolongación de la vida a veces en condiciones indignas para el paciente. Parecería que ya no se ve ese desenlace como algo natural sino como una derrota. Y se ha acentuado algo que puede volverse peor que la muerte: el miedo a la muerte; aunque para algunos no es miedo al fin de la existencia sino miedo al muriendo, a la postración en una cama en medio de agonía, delirio y el dolor de sus familiares y amigos. Dijo Stravinski: “Gogol murió gritando y Diaghilev murió riéndose, pero Ravel murió gradualmente. Ésta es la peor”.

La sinfonía No. 14 de Shostakovich se apoya en poemas de García Lorca, Apollinaire, Küchelbeker y Rilke relacionados con el tema de la muerte. El compositor consideraba el temor a la muerte como nuestro más profundo sentimiento y agregaba; “La ironía estriba en el hecho que bajo la influencia de ese temor la gente crea poesía, prosa y música; esto es, trata de fortalecer sus lazos con los vivos y aumentar su influencia sobre ellos”. Pero lo anterior también puede ser el resultado de una lucha contra el olvido ya que tal vez la verdadera muerte ocurre cuando ya nadie recuerde a la persona desaparecida, como es el caso del escritor cuando muere su último lector.

Como bien se sabe, la longevidad tiene su precio, uno de los cuales es el anuncio de una enfermedad grave o terminal que afecta profundamente la vida del paciente e impregna de angustia a sus seres queridos. Sin embargo, algunos proporcionan cierto consuelo cuando describen las cinco etapas que sigue el enfermo después de recibir tan ominosa noticia: pánico, rabia, lucha, abatimiento y aceptación.

Importantes son las visiones que sobre la muerte ofrecen no solo la historia sino también la literatura, las artes visuales y la música. Un libro reciente del novelista inglés Julian Barnes, titulado *Nothing to be frightened of* (Nada de que asustarse), reflexiona sobre el tema e incluye citas pertinentes de grandes escritores.

Se ha presentado la muerte de Goethe, ocurrida cuando al final sufría un dolor extremo, como plácida y precedida de la famosa frase *Licht, mehr Licht* (Luz, más luz), pero el diario de su médico dice que el personaje falleció “dominado por terrible temor y agitación”. Un contraste con aquello que dijera Montaigne: “Filosofar es aprender a morir”; o con una frase de Flaubert: “Todo debe ser aprendido, desde el leer hasta el morir”. Pero con ironía comenta Barnes que tenemos poca oportunidad de practicar lo último, y por tanto se muestra escéptico con respecto a muertes ejemplares caracterizadas por dignidad, coraje y preocupación por los demás.

Arthur Koestler, a quien recordamos por obras tan notables como *El cero y el infinito* y *Los sonámbulos*, escribió una obra titulada *Diálogo con la Muerte*, en la cual narra su experiencia como prisionero durante la Guerra civil española. Cuenta que ningún prisionero, ni siquiera él mismo, creía en la posibilidad de su propia muerte aun cuando escuchaba el sonido de los disparos que mataban a sus amigos y camaradas pues “la negación de la muerte crece en forma proporcional a su cercanía”. Corroboraba lo escrito por Freud unos pocos años antes: “Efectivamente es imposible imaginar nuestra propia muerte; y siempre que intentamos hacerlo, podemos percibir que de hecho estamos presentes todavía como espectadores”.

Terminamos con una frase inmortal de ese gran maestro y escéptico que fuera Bertrand Russell, pronunciada cuando unos amigos provocadores le preguntaron qué haría si después de su muerte se diera cuenta de la existencia del más allá y fuera enfrentado al ser supremo que siempre había negado: “Me acercaría a Él y le diría: Usted no nos proporcionó suficiente evidencia”.

Periódico El Mundo
Medellín, Colombia, 28 de diciembre de 2008